

El amor a la lengua, a la religión y la ausencia absoluta de prejuicio de razas, constituyeron nuestra arma más efectiva para resistir victoriosamente durante la eternidad de veintidós años la dominación haitiana. Y cuando sonó la hora de la redención, el momento de las venganzas que vislumbró Núñez de Cáceres, resultó lo que anheló Juan Pablo Duarte: "Los blancos, morenos (28), cobrizos, cruzados, marchando serenos... *al mundo mostramos que somos hermanos*" (29).

"El principio racional de la fusión de las razas, que será la salvación de la América Tropical, dotándola de una población apropiada a sus necesidades, afirma don Emiliano Tejera, encontró en Duarte un intérprete fiel" (30). Y en puridad de verdad, cuando el ilustre Fundador de la República, se lanzó a "insuflar en nuestro pueblo el espíritu de nacionalidad, proclamó solemnemente aquel principio fusionista, fecundamente salvador, "y con energía de carácter, —dice el historiador García Lluberes,— se lo hizo respetar a sus correligionarios, blancos todos en

(28).— Duarte llamaba a los negros *morenos*. Este vocablo tiene entre nosotros esa acepción y tiende a "dulcificar la expresión", según Francisco J. Santamaría (*Diccionario general de americanismos*. México, 1942, tomo II, pág. 299; Manuel A. Patín Maceo: *Americanismos en el lenguaje dominicano*, en los *Anales de la Universidad de Santo Domingo*, año VII, número 2, abril-junio de 1943, pág. 205).

(29).— *Duarte como poeta*. Colección de versos suyos publicados en *Clio*, núm. 81, enero-junio de 1948, pág. 23.

(30).— *Monumento a Duarte*. S. D. Imprenta de García Hermanos. 1894, pág. 10.

los comienzos de la Revolución e imbuídos todavía algunos en las ideas exclusivistas de 1821" (31).

La verdad es que la ingente obra de Juan Pablo Duarte y de sus esforzados compañeros, no ha sido todavía justicieramente estudiada en toda su extraordinaria magnitud.

Y fueron tan altas las ideas de confraternidad racial del noble Apóstol, y penetraron tan profundamente en la conciencia de su pueblo, que Máximo Gómez, el epónimo guerrero de las gestas heroicas que sembró el suelo cubano de victorias, abrazó, según su propia declaración, la causa de Cuba libre, "para buscar en ella la libertad del negro esclavo" (32).

Duarte, pues, cuya idea fusionista tiene su más excelsa expresión en la bandera nacional, que como observó Tejera "puede cobijar todas las razas, pues no excluye ni le da predominio a ninguna", no solamente concibió la Independencia, le abrió cauce y proporcionó los medios de llevarla a la victoria, sino que también, nos legó amorosamente, el sumo, el magno bien, de una patria absolutamente libre de las discordias raciales.

(31).— Dr. Alcides García Lluberes: *Duarte y la Unidad de Raza*, pub. en el *Listín Diario*, S. D., núm. 12,619, julio 16 de 1929.

(32).— Dictado por Gómez a Fermín Valdés Domínguez el 15 de agosto de 1896, en Camasán. B. Souza: *Máximo Gómez el Generalísimo*. Habana, Editorial Trópico, 1936, pág. 25.

## Discurso de contestación

(Leído por el Licenciado Virgilio Díaz Ordóñez, Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia, en la sesión solemne celebrada en la mañana del 26 de julio de 1954).

Señores académicos:

Don Vetilio Alfau Durán llega a esta Academia Dominicana de la Historia provisto de dobles credenciales: la de su labor histórica constante y ponderada, y la de su juventud laboriosa, dinámica e idealista. Vale decir: trae los méritos realizados desde la página impresa y desde la cátedra universitaria, junto con el esperanzado impulso de quien, en empresa noble, se encuentra en la euforia de la mitad del vuelo.

Viene a ocupar, en el seno de esta Academia, el sitio, tan lleno de perennes recuerdos, del ilustre académico licenciado don C. Armando Rodríguez, quien enalteció su vida pública con preclaros hechos cívicos, quien enriqueció la bibliografía nacional con obras de permanente mérito y quien prestigió con talento erudito sus actividades académicas.

Señor recipiendario:

En el documentado trabajo que habéis leído, decís atinadamente: "Cuando los haitianos invadieron

con éxito en 1822 a nuestro país, creyeron que iban a tener la cooperación de los negros, por haberles otorgado la ley abolicionista. Pero se equivocaron. Los libertos se quedaron con sus antiguos amos, llevando complacidamente su apellido, y compartiendo con ellos el hcgar y el pan”.

Personalmente, me adhiero al concepto, generalmente ya admitido, de que la historia no debe ser simple archivamiento del pasado. El dato histórico, depurado cuidadosamente, fechado y pulido, enmascarado con toda exactitud en su tiempo y en su espacio, despojado —en laboriosa y encomiable disección— de sus vísceras ya inútiles (aunque en su hora cumplieran una función vital), no es más que un cuerpo embalsamado por el cual pasó la vida. Es ese hábito anímico que por allí pasó, del cual el dato no es más que la corteza seca, lo que debe ser perseguido, interrogado y descifrado por el historiador. Momia silenciosa, el dato histórico plasma el símbolo de lo que ya no es, a fuer de estar irrefractablemente realizado, irreversiblemente cumplido. Fué historia viva mientras la vida vivió en él y dentro de él. Cerrado su ciclo biológico, no le quedó otro destino que el de las cosas muertas.

La historia comienza donde termina el dato. Las fuentes son algo así como canteras, piedras, arena, ladrillos, elementos que requieren la inteligencia, la inspiración y el genio de ese arquitecto de la historia que es a quien con toda justeza y a toda plenitud debería corresponder el título de historiador. A partir y después del dato es cuando ciertamente el historiador comienza su obra. El dato vale en cuanto constituye un punto de partida y en cuanto posiblemente encierre un símbolo que es preciso desentrañar para proseguir la actividad vital histórica que en él se detuvo. El documento es el cuerpo material de los hechos. La historia es alma, espíritu, trayectoria, significación trascendente.

Concibo la historia como algo vivo, acaso la más viviente e insomne de las actividades del pensamiento. La concibo como algo omniactuante en el espacio y en el tiempo y que, si bien sabe donde están cuidadosamente enterrados sus muertos, necesita íntimo contacto con el alma de éstos, con su aliento de marcha interminable, de cumplimiento de un vasto destino proyectado hacia horizontes infinitos. Los datos no son otra cosa, no pueden ser otra cosa que signos materiales a la orilla de la ruta. Su presencia sirve para poder afirmar: por aquí pasó la historia.

Con el descubrimiento de América, la isla de Santo Domingo pasó a ser punto inicial, centro y vér-

tice de la vida de relación entre las tierras del Nuevo Mundo y puente de contacto de América con el Viejo Mundo. Primer asiento del hombre de Europa en este hemisferio, años después sería también asiento primero del hombre de Africa en el Continente Occidental.

La primera sangre exótica dramáticamente vertida en América fué recogida, acaso con profunda emoción de presagios, por la tierra de la isla predestinada. Por aquí pasó el desbridado tropel conquistador hacia los horizontes asombrados de la historia americana. Y dejó una fe, un idioma, una herencia y una estirpe.

Seis banderas, incluyendo, naturalmente, la dominicana, encontraron camino para encumbrarse bajo nuestro cielo. Algunas pasaron en marcha fugaz, otras cruzaron con desesperante lentitud antes de que, por derecho dictado por Dios, por la Patria y por la Libertad, se elevara sobre este suelo, definitivamente, el pabellón cruzado.

Nuestra tierra, nuestra dolida tierra, donde la historia se hizo drama y donde la independencia ha nacido entre difíciles triunfos y fáciles tragedias, estuvo, a partir del Descubrimiento mismo, sometida al sino de las encrucijadas tortuosas, lugar de cita y choque de complejos intereses antagónicos, de convergencia revuelta de oscuros designios de la política internacional, de abandonos dolorosos y de soledad sin amparo. Esa cohorte de infortunios cruzó la esfera de nuestra historia, en toda su redonda amplitud, como un trágico meridiano inmovible, a todo lo largo de nuestra vida colonial y a todo lo ancho de nuestra vida republicana, hasta el año 1930.

Allá, en la primera mitad del siglo XVII, aventureros franceses, zebados de piratas, quienes ya consideraban pequeño el botín, el abordaje y saqueo de naos y galeones, decidieron dar mayor amplitud a su industria, establecer al por mayor su ocupación de carteristas de los mares, y resolvieron abordar y adueñarse de islas. El negocio, así, aumentaba su importancia. Y ocurrió entonces la ocupación y adueñamiento, por filibusteros franceses, de la isla de La Tortuga, pequeña tierra montañosa situada al nordeste de las costas de la isla Española. De la isla de La Tortuga la intrusión se extendió hacia “la tierra grande” adyacente; y esa pintoresca empresa culminó con el reconocimiento, en favor de Francia, de la porción occidental de la isla de Santo Domingo. Poco más de un siglo después (1804) esas tierras y sus habitantes ganaron su independencia y quedó constituida



la República de Haití. Por esta vez, la piratería, sin saberlo ni quererlo, gestó indirectamente una bandera libre en América. Es el beneficio único, para la historia americana, derivado de aquella violenta empresa. Y es la haitiana la única bandera libre surgida, como reliquia, de las empresas coloniales de Francia en el Nuevo Mundo.

Ese lejano acontecimiento que tuvo su génesis en la isla de La Tortuga y que produjo más tarde el feliz resultado de enriquecer con la haitiana el número de las banderas libres del continente americano, se desenvolvió dentro de un proceso profusamente complicado y de trascendentes consecuencias. Principalmente, el dominio de la isla quedó compartido entre dos soberanías: la dominicana en la parte oriental y la haitiana en la parte del oeste. Es hermoso el espectáculo de que en tierras libres de América dos nacionalidades soberanas coexistan en una misma isla de unos setenticinco mil kilómetros cuadrados. Eso es satisfactorio para la conciencia de todo hombre que ame la libertad y rinda culto a la independencia.

Pero he aquí que la coexistencia de dos nacionalidades dentro de una misma isla origina necesariamente una intensa vida de relación entre los vecinos. Nada más natural y nada más útil y fácil. Sin embargo, fatalmente, las fronteras comunes en América son más superficie de fricciones que zonas de entendimiento amistoso. Parece que a los límites geográfico políticos de este Continente les hace falta una sedimentación de siglos que haga innecesaria toda idea de reajuste. O que los límites fijados, a fuerza de permanecer invariables, fomenten la convicción psicológica de que el tiempo los ha hecho justos. Creemos que eso, o cosa parecida, sucede con los países del viejo mundo occidental, donde los mapas políticos permanecen normalmente estáticos y sólo son alterados por causa de gigantescas conmociones bélicas.

En el caso específico de la República Dominicana y de la República de Haití, las pasadas discrepancias tuvieron causas variadas y numerosas. Definidamente de origen hispánico la primera, y de origen francés la segunda (si nos atenemos a la genealogía metropolitana); idiomáticamente disímiles porque la primera se expresa en lengua castellana y la segunda lo hace en idioma francés, aunque generalmente adaptado al gusto y a las tendencias de expresión locales; influidas la una y la otra por distintas esencias y diferentes interpretaciones en los órdenes cultural, religioso e histórico; todos esos factores de diferenciación, sin contar con la confesada aspiración haitiana al dominio político total de toda la isla, hicieron

difícil el deseable buen entendimiento entre las dos partes. Y todavía hay otro aspecto de inevitable consideración, apuntado por el académico Alfau Durán en el párrafo de su discurso que he transcrito al comienzo de estas palabras.

En el año 1941, un grupo de dominicanos, sentado alrededor de una de las mesas del comedor del Hotel Splendid, en Puerto Príncipe, capital de la República de Haití, fué atraído por el ruido de una reyerta callejera que se producía a la entrada del hotel. Dos fornidos negros se debatían ferozmente en una lucha de puños y golpes. Se les separó para evitar mayores males. Uno de ellos se alejó calle abajo, mascullando palabras ininteligibles, y el otro quedó silencioso y jadeante sentado al borde de la acera.

—¿Por qué peleaban? —inquirió alguien.

—Porque ese hombre me ofendió llamándome *mulato*. Si llega a decirme *blanco*, lo mato —respondió el contendiente.

Ese pintoresco incidente, sin trascendencia aparente, encierra significaciones bien dignas de la mayor atención y estudio, y nos coloca frente a uno de esos signos que denuncian la profunda diferencia de sentimientos y de caracteres que separa al hombre de color haitiano del hombre de color dominicano.

En el origen, el africano importado por los españoles a la parte oriental de la isla de Santo Domingo, a principios del siglo XVI, fué en cierto modo seleccionado, escogido entre las tribus del continente negro que posiblemente estaban ya más influidas por las costumbres y los hábitos del hombre europeo. (. . . el monarca —Fernando el Católico) autorizó la importación de esclavos africanos en las colonias españolas del nuevo mundo, con la condición de que fueran cristianos, pero no moros ni judíos. . ."). En el origen, repetimos, bajo la influencia de las ideas y propósitos propugnados sobre la materia por el Padre Bartolomé de las Casas y otros, aquella migración forzosa obedeció a procedimientos de empresa organizada, y aunque totalmente reprobable a la luz de los conceptos del hombre moderno, llevaba en su esencia la intención de que una raza considerada físicamente fuerte y fácilmente adaptable pudiera socorrer a otra raza de evidente flaqueza física y en trance de extinción total: la indígena antillana. Remedio tardío que no evitó el aniquilamiento, ya en etapa avanzada, de la stirpe caribe antillana. Con esto estamos limitándonos a señalar lo que pudo haber de contenido humanitario en los propósitos de aquella empresa de la época,



En hecho, el africano trasplantado a la parte oriental de la isla de Santo Domingo en la mañana del coloniaje no sufrió ni padeció los bárbaros sistemas de cacería humana de que fueron objeto los africanos que más tarde, en pleno medio día canicular de la colonia, fueron llevados a la parte occidental de la isla. Por eso, el africano radicado en el este pronto rezó en español y comenzó a ver en los españoles aptitudes merecedoras de asimilación. Por eso también este africano, paulatinamente, en lento eclipse u olvido de resentimientos, deseó abandonar viejas posiciones espirituales atávicas y emprender espontáneamente los caminos de un acercamiento, sincero en el fondo y claro en la forma, para fundirse con el núcleo racial dirigente en el ámbito al que había sido llevado.

Se inició así, en silenciosa naturalidad, la marcha del último recién llegado hacia una comodidad estable que, además de su significado en cuanto a fusión étnica, habría de culminar en la más natural, biológica y justa ausencia completa de preocupaciones de orden racial. Opuestamente al mismo tipo de hombre de la parte occidental, este se consideraría ofendido si se le llamara *negro*.

Estamos, pues, frente a dos grupos étnicos que, aunque del mismo origen, marchan en direcciones opuestas. Aquellos hacia el vértice lejano de su punto de partida. Estos hacia los horizontes humanos de una fusión espiritual y connatural en los destinos de América, gran horno de fusión de razas.

De muy opuesto modo, el hombre africano que fué llevado a la parte occidental de la isla constituyó la trágica mercancía de un tráfico sórdido inventado por la codicia y alentado por la más inhumana ambición. Fueron los tiempos en que América era el gratuito botín de Europa. Para poblar de esclavos la parte francesa de la isla se atendía más al número y a la capacidad física de trabajo bestial que a la preparación mental nacida de influencias extraafricanas.

El esclavo africano, doliente moneda viva que abultaba, manchándola, la ávida riqueza del colono, sufrió allí, en la parte francesa de la isla, el máximo rigor de su drama en América. Fué allí donde el sufrimiento del esclavo, a sangre y sudor, doró con más trágico brillo la fulgurante "corona del imperio colonial francés". Por eso fué precisamente allí donde el resentimiento de los esclavizados reaccionó más pronto y con más enconada violencia; donde la sangre africana prefirió seguir derramándose más que nunca, por las heridas de las armas mejor que por los verdugones del látigo. No es la primera vez que el dolor sabe hacerse epopeya. Ni, gracias a Dios, será la última.

De todas esas circunstancias, penosas unas, heroicas otras, deplorables todas, se derivan estas consecuencias:

a) Existe en Haití un definido sentimiento de estirpe, con corrientes invertidas en su dirección, esto es, dirigidas hacia y a favor de los orígenes africanos de los fundadores de aquella nacionalidad. El negro no quiere ser mulato. El mulato no quiere ser blanco ("*Si llega a decirme blanco, lo mato!*"). De ahí que la historia de la política interna haitiana relate frecuentes episodios en que las dos estirpes raciales (negros y mulatos) polarizan los destinos del país. Y de ahí que en las invasiones y guerras sostenidas por Haití contra su vecina del este, el soldado invasor haitiano se ensañara, con igual encóno, contra el blanco y contra el negro que hablaba español;

b) No existe en la República Dominicana, ni podrá existir porque nunca se formó base histórica para ello, ninguna clase de preocupación social atribuible a problemas raciales. Y es ésta una hermosa manera de vivir y practicar la democracia.

Por todo eso, señor académico Alfau Durán, bien están vuestras palabras que he tenido a honra comentar.

